

CRISIS DE LA PALABRA



ADA vez se habla más de la necesidad del diálogo. Esta necesidad se hace imperiosa en el mundo actual. Escarmentada la humanidad por la deplorable huella de los silencios, de las reservas mentales, de la muralla feudal, en

los espíritus como en las fronteras, exige hoy una comunicación, un franqueamiento humano entre los pueblos y entre los individuos. Únicamente de ese franqueamiento y libertad expresiva puede el mundo obtener paz, prosperidad y justicia. Las organizaciones rectoras del mundo actual se asientan sobre la primacía del diálogo. La vida actual es oficialmente parlamentaria, en el sentido más estricto del vocablo. La necesidad de la palabra se subraya no sólo en las relaciones políticas públicas, sino en las relaciones privadas. El término *public relations* es un invento de nuestro tiempo. Los medios de comunicación son hoy atributos y conductores magníficos de este deseo de la humanidad. Cierta aforismo de nuestro país dice que «hablando se entiende la gente». Pero a pesar de todo, quizá la gente hablaba mucho más antes que ahora. Quizá los medios actuales, en lugar de facilitar la expansión comunicativa y oral de la gente la entorpecen y desbaratan. Y quizá nunca la palabra y la verdadera comunicación se hayan visto tan amenazadas y comprometidas como ahora, a pesar de todo.

Puesto que los hombres transitan hoy velozmente de un lugar a otro, existe de antemano una restricción perentoria y universal de las formas de lenguaje. Todos hemos asistido a la transacción rápida y funcional que existe entre el comprador y el vendedor en una tienda, cuando aquél es un extranjero. La mímica suplente al lenguaje y la vendedora llega incluso, al fin de la operación, a separar de la mano del cliente las monedas, sin abrir boca, para ahorrarle al prójimo la necesidad de contar. Habitada a ese procedimiento expeditivo, la vendedora tampoco nos abre boca a nosotros, indígenas, cuando realizamos nuestra compra. El lenguaje y la comunicación se han podado de la mitad de su fronda. «Pero, ¿y el trato?», diría el senequista, que consideraba uno de los motivos del comercio un largo y calmoso debate sobre la transacción, con referencias a toda suerte de temas posibles, antes de cerrar crematísticamente el asunto. Ya no hay «trato». Los «self-service» son la negación del trato. La palabra es la gran víctima del funcionalismo de la vida actual; y eso en el tiempo en que se entroniza idealmente al diálogo y en el tiempo en que esa palabra puede circular por el globo entero en una milésima de segundo merced a los medios de comunicación. La palabra ha ganado en velocidad —¿para qué?— pero ha perdido en extensión y hondura.

Recordamos como un residuo histórico aquel cartel, en una barbería: «Hay cuatro barberos, se debaten todos los temas». Los barberos callan. La palabra hablada y el diálogo existían en las peluquerías contemporáneamente al afeitado para darle al cliente una cierta tranquilidad sobre las características psicológicas del productor a quien uno ofrecía nada menos que el cuello. Al diálogo de las peluquerías lo han destruido los aparatos eléctricos. Cuando en lugar de la raspadora acre de la navaja se le pasa a uno el simple cosquilleo de la electricidad, con su rumor monótono, las gracias de la comunicación resultarían baldías.

Pero en definitiva, según Sócrates, el espíritu es una larga conversación sobre la sabiduría. Poco antes de la irrupción de la mecánica y de la técnica los hombres no éramos más —ni menos— que una tradición verbal. La Biblia es un conjunto hermoso y total de voces comunicadas. La historia del hombre es la palabra. Se habla insistentemente de diálogo cuando en nuestro tiempo todo nos empuja a no dialogar, desde la televisión hasta los transistores. La palabra desvanece sus fulgores, sus aristas, el misterio que irradiaba, para quedar convertida en materia prima, en elemento simple-

mente útil de nuestra civilización. Hay «espacios» de «tantas palabras», lo que indica que hasta el verbo, tan libre, tributa a la economía. Se habla de las «cuñas», insertos orales relampagueantes, que fijan de un trazo lo que se ha dado en llamar, en lenguaje publicitario, «ideas». Todo ello, tan perentorio, tan urgente, tan eficaz, indica que la época no es precisamente dialogante. La época es masificadora y está comprobado que la insistencia sobre un tema o un producto determinado puede llegar a asediar al que se disponía a la réplica sin darle tiempo a opción. A este paso, pronto el diálogo será un asunto del siglo XVIII, como las pelucas.

se ha acabado el coloquio

Todo eso está en la calle; se trata de una condición, como otras muchas, del brusco cambio de la época. Ya llegamos a no extrañarnos demasiado del cariz usual de algunos términos, del giro veloz y pragmático de algunas expresiones. Y hasta podríamos considerar que si la técnica nos favorece con tan grande acopio de singulares adelantos, bien podemos ceder en cuestiones un poco sentimentales y refinadas, aunque en ellas vaya implicado el fundamento de nuestra cultura. Porque en el fondo, el giro que dan los acontecimientos en este orden, no se limita a la estructura de unas formas sociales en el exterior, sino que alcanza a los contrafuertes y a las bases.

«Déjese usted de literatura», me aconsejaba alguien. «Lo que hoy priva es la imagen, ¿no se da cuenta? Ella es la literatura del porvenir.» Al margen de lo mío, pensaba si algún día muy próximo las bibliotecas no serán más que museos de cultura para cuatro especialistas, maniáticos y eruditos.

En efecto, priva la imagen. No se trata sólo del cine y de la televisión; los libros mismos tienen hoy una tendencia a tornarse álbumes gráficos. Dentro de poco no será necesario leer el «Quijote», bastará con «verlo». El cine colmará todos nuestros requerimientos de cultura, que ahora se han venido a confundir con la «información». «¿Has visto "El Gatopardo"?, me preguntan. Si las cosas pueden verse, ¿para qué leerlas?, se dicen muchos, sin que en rigor se les pueda contradecir.

Pero en resumen, el beneficio de este tiempo sobre los anteriores no se nos muestra tan evidente en este aspecto como en otras realizaciones actuales. Como consecuencia de la determinación de la época, está creciendo la generación de la historieta. Esos «comics» cuyo diálogo pende de la boca como una bambolla, círculo blanco de versalitas plagado de interjecciones y onomatopeyas, ¿serán el fin de la palabra y del diálogo? Naturalmente que uno puede enterarse de la «Odisea» en esta clase de cructos ortográficos, pero entre cuadro y cuadro desaparecerá el relente de gloria que la cubría cuando no era más que tradición sin imagen. Pensamos que es cierto que nuestra época es la de la imagen; pero que, no obstante, la imagen más acabada y firme será siempre la que nosotros seamos capaces de suscitar en nuestro ánimo, para vestir con ella la inconsistencia del mundo real.

Esos «comics», o dibujos parlantes, son invento español, puesto que fueron los dibujantes de los primeros «tebeos» de nuestra adolescencia los que inventaron el género ahora difundido y celebrado en todo el mundo. Hemos sido los tristes precursores de una forma de deflación de la cultura que ojalá no altere las permanentes de expansión que ella ya tenía.

No; nuestro tiempo no es, por desgracia, dialogante, pese a la inclinación natural y expansiva del hombre. Leemos que ya existen las máquinas lectoras, que distribuirán por sí mismas la correspondencia o por lo menos la aparejarán según las siglas de los distritos de una ciudad. La automatización postal quizá sea el preludio de una electrónica lectura más profunda, no limitada a los distritos de una dirección urbana. Pero la palabra viva se halla además asediada por otros adelantos técnicos. Se alarmaba François Mauriac hace poco al conocer la noticia de cierto invento, aparato para escuchar a distancia las conversaciones telefónicas o las privadas hasta una distancia de ochocientos metros. Los cuarenta micrófonos descubiertos el pasado mayo en la Embajada americana en Moscú no son nada en comparación de los llamados «bugs», en inglés, o «bidules», en Francia, instrumentos de escucha de tamaño inferior a un centímetro cuadrado, con los que ya no existirá en el mundo del futuro la menor posibilidad de intimidad. ¿Se ha acabado el coloquio? En principio fue el Verbo, pero, ¿será el fin?